

las piernas, que mucho antes de quebrarse ya se negaban a sostenerle. Eran las piernas de algodón en rama de Oswaldo Alving, en el crispante drama de Ibsen. Al cabo, un día, *tontamente* (así se dice), las cañas de los huesos se le rompieron a Abascal, y empezó su existencia de impedido: porque tales fracturas no se curan, y quedan las extremidades colgando, mollaras é inertes, como rama de la cual ya la savia se ha retirado.

Empezó también entonces su resignada pelea con la implacable suerte. Digo resignada, porque no he visto padecer a nadie con la paciencia y el estoicismo tranquilo que desplegó Abascal. Me recordaba su actitud serena un proverbio dinamarqués: «Si quieres saber qué jugo da el árbol, hiérole con el hacha.» El jugo de resistencia, que sin duda existía en Abascal, jamás lo hubiésemos conocido si no le herían tan rudamente el hacha del padecimiento. Lejos de quejarse, de imponer a nadie el relato de sus males, de hacer téticas profecías, Abascal trató siempre de producir una impresión grata en los que le visitaban, augurando mejoras en que no creía, y reprimiendo el gemido de dolores agudos y continuos que le mordían el cuerpo, y que sólo delataba un leve retorcimiento involuntario. Mientras le fué posible concurrir al Congreso, a los saraos, a las casas donde le invitaban, concurrió, apoyado en sus muletas, rodado en su sillón, sostenido por sirvientes, y contento cuando iban a sentarse cerca de él las damas, las muchachas de vaporosos atavíos, hechas un figurín, a quienes describía al día siguiente en *El Heraldo*, con plumada ligera y galante. Por uno de esos contrastes que sabía realzar con expresivo humorismo Alfonso Daudet, el periodista imposibilitado se desviaba de la política y se encariñaba con las salones. Sin la menor afeminación (merece notarse), Abascal iba dominando el género, y nadie como él describía las fiestas, los bailes de trajes, los minuetos, los *raouts*, los grandes banquetes en que se reflejan mil luces en el cristal tallado y en las joyas prendidas sobre rubios moños. Desde su sillón, rebujadas las muertas piernas en una manta de abrigo, reseñaba los vales y los *pas de quatre*, las alegrías *sportivas* y las deslumbrantes bodas.

Poco a poco, insidiosamente, la enfermedad ganaba terreno. La parálisis se extendía a órganos importantes, alterando funcionalismos y trastornando cada aspecto de tan triste vivir. Ni los baños, ni las aguas, ni las consultas a eminencias médicas, ni ningún arbitrio humano servían de cosa alguna. Cuando estos males se apoderan de un hombre, lo aseguran. Y lo peor es que no lo matan. Hay quien sufre este martirio por espacio de cuarenta años. ¿Cuántos lo sufrió Abascal? ¿Veinte, veinticinco? El tiempo no corría: hoy era ayer, con un poco más de refinamiento en la tortura, con el cordel más apretado, muy poco, lo suficiente para avanzar sin llegar al desenlace... El día de San José, Abascal recibió aún a sus amigos, se alegró infantilmente con los recuerdos que le llevábamos, se conmovió, preguntó chismografías de la vida madrileña, se mostró informado, afirmó la integridad de su cerebro, que infaliblemente llegaría también a lo que habían llegado las manos, inválidas ya para asir la pluma. Y fué misericordia del hado ahorrarle la noche cerebral, que amagaba. Una complicación, una hemorragia, precipitó el último acto del lento drama de la parálisis progresiva (no sé si se debe llamar así; la ciencia, a falta de curar estos achaques, nos ofrece para ellos nombres muy apropiados, doctos y de raíz helénica).

Ahora es cuando descansa Abascal. Vencido y defraudado por la fatalidad física, ha entrado en los dominios de la paz eterna. En otra esfera y otro orden, me recuerda a Urrabieta Vierge, el genial dibujante parálítico. La medicina no ha encontrado el secreto de combatir males que radican en el centro mismo de la energía vital. Ni aun se conocen paliativos eficaces. Y las nociones de ciencia médica que hoy posee todo el mundo, hacen más cruel el golpe. El que nota ciertos fenómenos significativos, no puede dudar: no le queda esperanza. Si es un espíritu rebelde, un Oswaldo Alving, pide la dosis de morfina. Si es un espíritu lleno de fortaleza, como Abascal, se conforma y aún encuentra modo de decir una frase, de intercalar una sonrisa. No sé cuál de las dos posiciones espirituales mueve más a lástima. Todo es infinitamente doloroso... Y todo tiene, por único consuelo, el trágico *nulla sperare salutem* del poeta latino.

Cada año más singular, menos religiosa, la Semana Santa madrileña.

—¿No te parece que es un día de toros, menos las calesas?, preguntaba ayer, en la calle de Alcalá, un chulo a otro chulo.

Y en efecto, gráficamente, así se me representaba la tarde radiosa y bulliciosa del Jueves Santo. Trajes claros, adornados; mantillas blancas; claveles rojos, amarillos, jaspeados; flores prendidas en el pecho y en la cabeza; los cafés y los colmados rebosando concurrencia; en las iglesias cirios ardiendo y mesas de petitorio, y un gentío que entra por la derecha y sale por la izquierda atropellándose, y en el cual son minoría los que se arrojan a rezar la Estación... Nadie lleva en la mano un libro; nadie lee, nadie medita los misterios. Se echa a la calle Madrid, satisfecho de poder invadir el arroyo, sin miedo a coches ni automóviles, y pisar los guijarros (*soigneusement posés du côté le plus tranchant*) de que habla Teófilo Gautier al referirse al pavimento de nuestra corte. Y en esas ringleras de desocupados, que inundan las vías céntricas, no hay sino el deseo de ver caras, las escasas caras bonitas (escasísimas, pese a la fácil galantería de los que afirman lo contrario) que pueden descubrirse en toda multitud. La *Cara de Dios* no es lo que se busca, ni en la tradicional romería que recibe tal nombre. El caso es divertirse, palabrear, mosconeando. Oigo que de un grupo de mozalbetes sale una voz:

—¿Cómo vamos a seguir los seis a la misma chica? A esta la sigo yo. Vosotros, detrás de otras.

Y cada uno de los seis chisgarabises se lanza en pos de una Dulcinea de zapato amarillo. Si ella entrase en un templo, ¡magníficamente! Las aperturas facilitarían la aproximación... Y la gente se enhebra por las puertas, apelotonada, profana, alegre, ajena por completo a la idea de lo que estas ceremonias y estos cultos conmemoran.

No hay en Madrid un templo espacioso. Hasta que esté terminada la nueva catedral—sabe Dios cuándo,—el vecindario madrileño se conformará con las modestas iglesias esteradas y blanqueadas, de estrecho recinto, caseras y familiares, donde el misticismo no puede tender sus alas azules. No sé por qué, las iglesias de Madrid me parecen siempre habitaciones más altas de techo, pero análogas a las de las casas de la clase media de la villa y corte. Sólo faltan en ellas el brasero, la cómoda barnizada y el sofá y las seis sillas de reps.

En estos días solemnes me acuerdo con nostalgia de las grandes catedrales góticas, de las vidrieras encendidas y centelleantes bajo el sol castellano, de los coros tallados en negro roble ó nogal, de las columnas en cuyos capiteles ríe la sátira inocente de la Edad Media, ó sueña el pensamiento hondo y grave de la culpa y del arrepentimiento. Echo de menos el Cristo con larga melena, las imágenes de la Soledad traspasadas de dolor, los retablos de oro sombrío con pinturas prerrafaelitas, las viejas beatas que arrastran su flojo calzado sobre las losas, los monagos atareados, los canónigos con traje de gala, el olor exagerado a incienso, el silencio de algunas horas y el murmurio de adoración de otras. Echo de menos las callejas solitarias, los balcones de donde una mano seca y blanca recoge una rameada colcha que sirvió de colgadura, las rejas labradas y blasonadas, las plazas desiertas, las ciudades difuntas ó dormidas siquiera, con tapias que dejan adivinar antiguos jardines, y cafés donde nadie entra y en que el dueño, detrás del mostrador, lee tranquilamente un diario local... Echo de menos las altas paredes de los conventos de monjas muy reclusas, que bajarán al coro pensando en que hoy es Jueves Santo, y en que hace diez y nueve siglos, en Judea, sobre un monte, se alzaban tres cruces y de una de ellas pendía Jesús... ¡Oh dulce leño, dulce suplicio!

Y siento una repulsión invencible hacia este pueblo que ignora, que olvida, que vulgariza lo sublime; que no ve en el Jueves Santo sino la mantilla blanca, de falsa blonda, de tul bastísimo, de antipática tiesura. Porque a fe mía que no he admirado en las calles de Madrid lo que se dice una maja de Goya. No; no la he admirado. Siquiera las majas de Goya eran estéticas, y perturbadoras, y pintorescas, con sus chapines de raso, diminutos. ¿Concebís una maja, de mantilla blanca, y el pie, que asoma bajo la falda ondulosa, prisionero en un zapato de becerro de color?

Las cosas completas; si se dan majas, que lo sean de verdad.

Lo único que no ha degenerado son las palmas del Domingo de Ramos. Su ornamentación semiárabe debe de ser la misma que era allá hace siglos. Sus trenzados, rizados, copetes y volutas, dicen a las claras la tradición moruna de los países retostados por el sol. Y su nota es africana, y su rayo de luz amarilla tiente a los pintores, como tiente un trapo colorista ó un rincón recargado de macetas y azulejos. Lo gozoso, lo bullanguero del culto, sobrevive a lo sentimental.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Era en el estudio del joven pintor Alvarez de Sotomayor, engalanado con plantas y tiestos florecidos, en honor de la ocasión de exhibir sus trabajos a gente invitada. Alegre el estudio; alegre y pulcra y aristocrática la calle de Villanueva donde se sitúa; alegre el concurso, que aplicaba a cada lienzo un calificativo de simpática alabanza, presintiendo, en el artista nuevo, al maestro consagrado ya por el aplauso de la muchedumbre... Un soplo de satisfacción animaba a los reunidos allí; era un momento grato, armónico, de la vida social... Y fué entonces—ante la regocijada y poética composición *Rapto de Europa*—cuando corrió la noticia: «Ha muerto Abascal, hoy a la una de la tarde.»

José Gutiérrez Abascal, realmente, había muerto mucho antes: sólo existía para sufrir. Sobre la lápida de su sepulcro debiera inscribirse esta palabra: *Liberal*. Hay infinitos mortales que no esperan nada bueno, como no sea la muerte, y Abascal se contaba en este número, desde que su horrible enfermedad le postró, quebrándole primero los huesos de las dos piernas:

Mil veces he pensado en la ironía melancólica del destino de Abascal. Cuando le conocí, hace ya muchos años, periodista brillante, de combate y de salón, polemista político y mundano, iba camino del triunfo en la lucha por la posición; era diputado, y hubiese sido director, subsecretario, ministro, en plazo breve. Su espíritu cáustico; su conversación animada, incisiva; su estilo que tenía el don de hacerse leer, le destacaban ya; el anonimato, fatal a los periodistas, no pesaba sobre su labor; era nombrado, era *Kasabal*, poseía fuerza, poseía arranque de cronista, dientes y uñas de combatiente. A la vez que los hombres le estimaban, empezaban a halagarle las señoras, que encontraban en él un comensal lleno de *esprit*, un chispeante ingenio, adaptado fácil y prontamente a la vida del gran mundo. Pero la enfermedad acechaba, traidora, escondida en lo más íntimo del organismo humano, donde residen las profundas raíces nerviosas, la médula... Como la fiera inmoviliza primero a la presa que ha de devorar, la enfermedad empezó sujetando a Abascal, atacándole por